

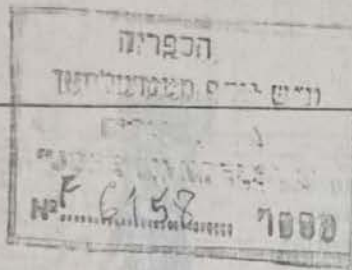
VEINTE SIGLOS DE OSCURANTISMO

EDICIONES DAJA, 1975

933.5 (ALG)
caja 29

Veinte Siglos de Oscurantismo

Un odio tan antiguo como la historia



32.813

El odio hacia los judíos —conocido también como "antisemitismo", de acuerdo al vocablo acuñado en 1878 por Wilhelm Marr—, es tan antiguo como la historia, aunque, para tipificarlo con las características actuales, podría establecerse un punto de partida definido: la época en que se inicia el largo exilio del Pueblo Judío, es decir cuando se produce la pérdida de su "base estratégica", denominación ésta con con la que Borojov solía designar al territorio en el que cualquier pueblo desarrolla normalmente su especificidad.

En una palabra: la hostilidad hacia los judíos, tal como la seguimos conociendo hoy en día, se remonta al momento en que pierden la soberanía nacional y son expulsados de su patria.

Hubo, por supuesto, numerosos intentos anteriores de exterminio judío. El más conocido de ellos debe ser, seguramente, el de Antioco Epifanes, allá por el siglo II antes de Cristo, que fracasó porque los macabeos —erigidos en vanguardia—, se organizan para impedirlo y, luego de concientizar al pueblo que los acompaña a los escondrijos montañosos, producen una de las primeras victorias populares de la historia contra un ejército regular.

Pero ese episodio, si bien puede ser entroncado con acontecimientos actuales de otro carácter —la lucha contra el colonialismo, por ejemplo—, no es posible conectarlo directamente con el surgimiento de las formas modernas del antisemitismo, porque los judíos poseían aún su propia nación y, por lo tanto, tenían todas las posibilidades objetivas de empuñar las armas para movilizarse

contra la ofensiva expansionista de los imperios extranjeros. Además las matanzas o cualquier exceso se llevaban a cabo también contra otros pueblos, por lo que no cabía hablar aún de un fenómeno peculiar.

El pueblo judío comienza a sufrir su opresión específica recién durante el exilio, cuando pasa a habitar en un medio donde permanentemente se agudizan las contradicciones internas de esos países, lo que determina que las castas gobernantes (u otros factores de poder) utilicen a las minorías religiosas, nacionales o étnicas, como chivos expiatorios.

Desde entonces —y van para casi dos mil años— la aversión hacia los judíos recorrió las naciones y los siglos. En su carácter de minoría nacional en situación de extraterritorialidad —y a medida que se iba alejando de sus fuentes naturales; es decir, a medida que las condiciones económicas circundantes lo iban desproletarizando y definiendo su papel intermediario—, el pueblo judío fue objeto de continuas persecuciones y matanzas. Virtualmente no hubo una sola época en que las clases hegemónicas no intentaran trasladar hacia los judíos las culpas de las respectivas crisis.

Desde los tiempos en que se forman las primeras comunidades judías en los países vecinos a Judea, cuando ya todo estaba perdido para la resistencia antirromana, hasta el día de hoy, en que el antisemitismo es utilizado como factor de distorsión de las luchas populares, pasando por todos los demás hitos de la historia —la Edad Media, el feu-



Libelo común que circuló en la Alemania nazi contra el "judaísmo Internacional".



Varios judíos son torturados por medio del fuego para arrancarles la confesión de haber cometido un crimen ritual en la persona del niño Simón de Trento (De un libro publicado en Trento, Italia, en 1475, donde se relata la historia del asesinato del niño).

dalismo, la Revolución Francesa, el surgimiento del capitalismo y aun la lucha por imponer estructuras sociales más justas—; en todas esas etapas el antijudaísmo se constituyó en un instrumento al que acudieron las fuerzas opresoras para desviar la atención de las masas. Obviamente los pretextos esgrimidos han sido diferentes a lo largo de los años. En la antigüedad se usaron tabúes específicos de esa época y así los judíos resultaron culpables de la Peste Negra, de la muerte de los niños cristianos, de la profanación de hostias o alguna otra calamidad por el estilo. Posteriormente evolucionaron las argumentaciones y el antisemitismo estuvo inmerso en el vaivén de los cambios sociales suscitados por el ascenso de la burguesía y la revolución industrial. Actualmente —en cualquiera de los vértices de la polarización y en consonancia con el deterioro del “statu quo” económico-social—, los judíos aparecen también como culpables de la conjura subversiva de cada uno de los regímenes existentes.

El objetivo justamente de este trabajo no es sólo esbozar el cuadro narrativo de las diferentes etapas históricas del antisemitismo, sino establecer los puntos en común que ligan a quienes, en diferentes épocas, instrumentaron a los judíos para mantener en la impunidad a los verdaderos protagonistas de la explotación y la dependencia.

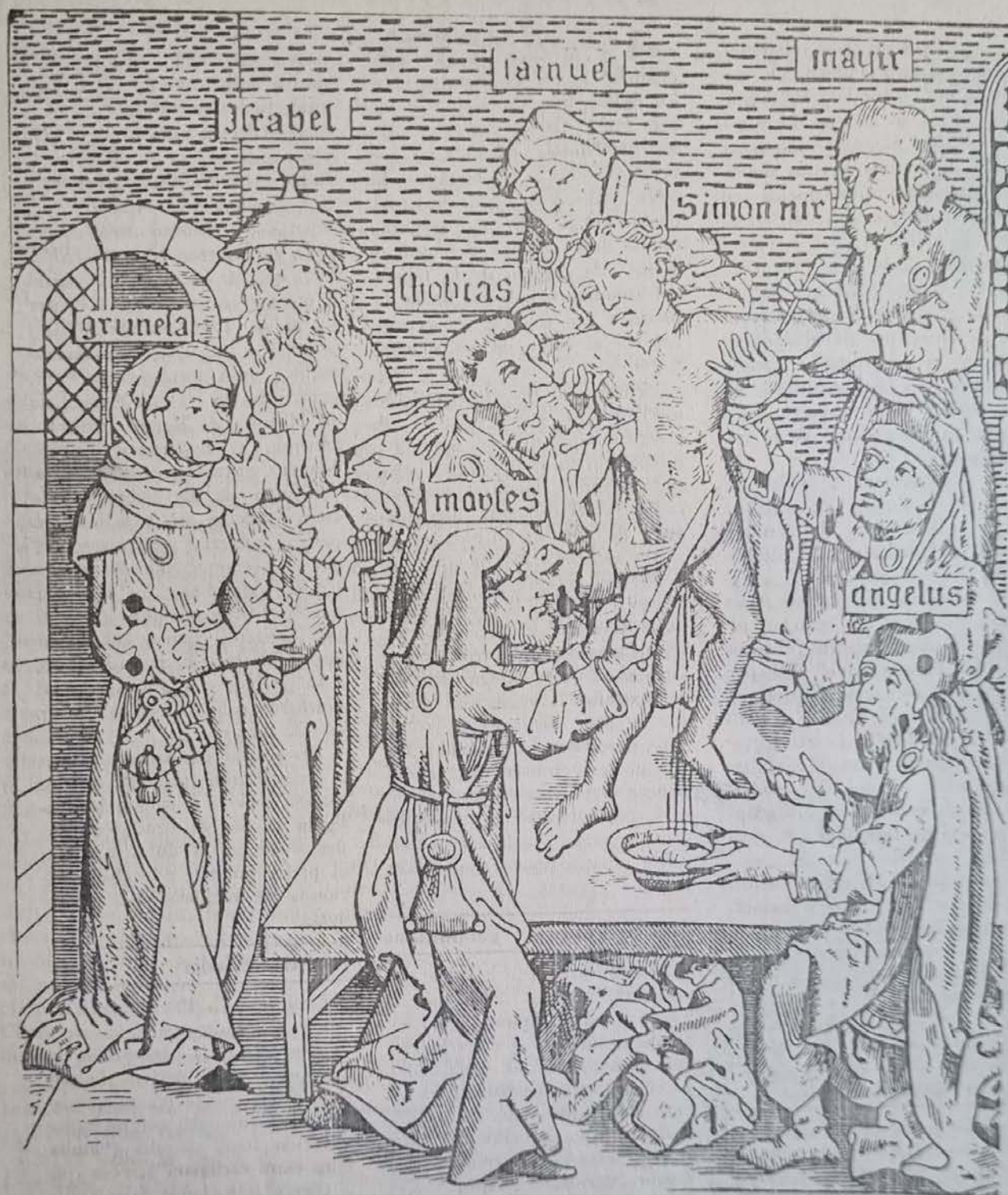
Desde Apión, el antisemita alexandrino del siglo I, hasta Beveraggi Allende, el provocador del “Plan Andinia”, se podría llenar un centenar de tomos con los nombres de todos los que a lo largo de la historia han pretendido servirse de la caracterología judeo-diaspórica para justificar a las minorías dominantes.

Si en el siglo XII los ingleses creyeron necesario inventar que los judíos matan cristianos para



utilizar su sangre en las comidas pascuales (el célebre “crimen ritual”) y si a principios de este siglo se llegó a la conclusión en la Rusia de los zares de que era necesario pergarñar algún escrito donde los judíos apareciesen como integrantes de algún “poder oculto” que pretenda apoderarse de los resortes principales del mundo (los no menos famosos “Protocolos de los sabios de Sión”), tales patrañas —surgidas con 600 años de diferencia— no fueron las únicas porque se entroncan con otras acusaciones, igualmente lejanas entre sí aunque también permanecen atadas en el camino del tiempo por el mismo cordón umbilical del odio y la necesidad de distorsionar. Ese es el caso, por ejemplo, de la afirmación avalada, inclusive, por varios filósofos de la antigüedad, como Séneca o Tácito, en el sentido de que los judíos propagan brujerías mediante la destrucción

En el siglo II a. C. los asirios, regidos por Antioco Epifanes, se propusieron exterminar al pueblo judío. El intento fracasó porque los macabeos, erigidos en vanguardia, se organizaron para impedirlo, arrollando con un puñado de combatientes a las legiones romanas. Jehuda Hamacabi (cuyo retrato, imaginado por un artista varios siglos después, vemos en el presente grabado) lideró aquella gesta que los historiadores consideran como una de las primeras victorias de civiles en armas contra un ejército regular. Sin embargo, aquel intento de exterminio no tipificaba aún al antisemitismo moderno, porque el pueblo judío no había perdido todavía su soberanía nacional.



Así representaban en la Edad Media la columna del "crimen ritual". Con nitidez puede apreciarse el facsímil reducido del grabado sobre madera de Wohlgemuth, publicado en "Liber Chronicarum Mundi" en el año 1483 en Nürenberg donde apareció el pretendido martirio del niño cristiano Simón de Trento.

de los altares de otras religiones, y ese es el caso también del "memorandum" difundido hace unos ocho meses en el seno de la policía de Río Negro (como parte de los numerosos escritos similares aparecidos últimamente en nuestro país) con la acusación de que los judíos son los culpables principales de la crisis argentina, así como también los que perturbaban la producción "creando conflictos entre los trabajadores y patronos, y organizando huelgas frecuentes en las industrias y en los medios de transporte, para alterar la labor diaria de la nación".

De Torquemada a Hitler, de Apión a Beveraggi Allende, de Tácito a Rosenberg, del "crimen ritual" al "Plan Andinia", de Nicolás II al volante arrojado en el Cine Broadway de Buenos Aires para denostar a los "gauchos judíos" y desde Drumond (el autor de "La France juive" allá por 1885) a la incitación al progrom insertada en el último número de "El Caudillo", el antisemitismo ha variado ciertas tácticas argumentales —incluso ha modernizado sus exabruptos para adaptarlos a la era tecnológica—, pero en el fondo es el mismo que naciera cuando los judíos fueron expulsados de Judea formando comunidades en otros países donde no tardaron en convertirse en los chivos emisarios más a mano para expurgar cualquiera de las cíclicas crisis que convulsionaron y convulsionan a la historia.

Primer hito: Alejandría

Varios historiadores coinciden en conferir a Alejandría, antigua metrópolis del mundo mediterráneo (siglo II), el extraño privilegio de ser el lugar donde naciera el antiemitismo. Allí los judíos, que habían emigrado de Judea mucho años antes de iniciarse la diáspora milenaria, vivían tranquilos e integrados a la cotidianidad lugareña. Pero la crisis

estalla y se inicia la agitación. Además de los ataques físicos a los judíos, una abundante literatura griega de ese entonces afirma que Moisés ordenó a los hebreos el odio a los hombres de otros credos y la ejecución ritual de un griego cada año (seguramente debe tratarse del antecedente más antiguo de la fábula del asesinato ritual, que había de producir tan trágicas consecuencias en el curso de los siglos). Según esos primeros antisemitas —inclusive un filósofo como Demócrito— los judíos cebaban un griego durante un año, para luego matarlo en un bosque y comer sus intestinos, mientras pronunciaban colectivamente una fórmula de odio al pueblo griego.

Los escritores más notables de la Grecia antigua se mostraban absortos frente a la presencia judía, inventando gran cantidad de leyendas sobre el horrible papel demoníaco que cumplen "esos seres extraños". Apión, sin duda, fue el más virulento de todos ellos, pero Horacio, Juvenal y Tácito no le fueron en zaga. Hasta Séneca creyó conveniente expresarse peyorativamente de los judíos, llegando a calificar el descanso sabático como símbolo de perfidia y pereza.

Apión: Política y calumnias

Si Alejandría fue la cuna del antisemitismo con tintes más o menos actuales, Apión (el sofista griego nacido en el Alto Egipto en el año 30 a. C. y fallecido 75 años después en Roma) fue el primer antisemita que recurrió a cualquier tipo de calumnias para utilizarlos en función política. Su nombre, derivado de Apis, el dios Toro de Menfis, era conocido también por Pleistonikides, o sea hombre de muchas victorias, denominación que se otorgó el mismo. Orador consumado, su manera de interpretación novedosa, fantástica y rebuscada tuvo gran éxito entre las gentes dadas a lo

raro y sensacional, pero repelió a ciertos representantes de la capa intelectual, como Plinio, quien le reprochaba su falta de veracidad y modestia. El propio Tiberio le llamaba irónicamente el cimbalo del mundo. Pero Apión no se inmutaba y el mismo tono exagerado y fanfarrón con que hablaba sobre otros temas lo comenzó a utilizar en sus ataques contra los judíos. Tales exteriorizaciones asumieron en determinados momentos gran virulencia y están contenidas en el libro tercero de su *Historia de Egipto*. Allí, repitiendo al historiador egipcio Maneto, afirma que la lepra era congénita de los hebreos; que éstos carecían de toda aptitud para el gobierno y las artes; que sus leyes eran abominables y llenas de odio hacia los paganos; que sacrificaban todos los años un forastero, comían sus entrañas y juraban enemistad eterna a su pueblo; y que en el sancto sanctorum adoraban la cabeza de oro de un asno.

Las teorías de Apión llegaron a ejercer gran influencia en su tiempo y hasta el emperador Calígula le dio su bendición. No iba a ser esa la única vez que el poder político prestaba atención a las maquinaciones antisemitas.

La Edad Media

Establecida la Iglesia como religión de Estado se abre un nuevo capítulo en la persecución de los judíos. Los motivos fueron al principio puramente religiosos. La Iglesia enseñaba que no había salvación fuera de ella ("nulla salus extra ecclesiam"), pero con el correr de los años, tales argumentos fueron simplemente pretextos para aplacar los ánimos encendidos por el descontento de las multitudes. De este modo el ritual fue tomando cada vez mayor auge antijudío. Las oraciones por la conversión de los judíos, que ocupaban espacio importante

en el rito primitivo, fueron eliminadas poco a poco y los sermones empezaron a llamar a los judíos pérfidos, sanguinarios, etc.

Se les atribuía poderes maléficicos debido a su alianza con Satanás. El mundo llegó a creer que los judíos sabían que la doctrina cristiana constituía la única verdad, pero que se negaban a aceptarla, falsificando textos bíblicos para impedir su interpretación cristológica.

La alianza judía con Satanás no era una alegoría para la mentalidad medieval ni invento de un fanático, porque los propios escritos del cristianismo anterior aseguraban que los judíos eran hijos del diablo. Nunca faltaba quien recalcase el satanismo de los judíos e incluso las esperanzas mesiánicas de liberación fueron interpretadas por los documentos de la Inquisición española como "esperanza de la llegada del Anticristo". Los judíos, por otra parte, fueron acusados de conspirar contra el Estado cristiano. Al producirse cualquier desgracia o catástrofe, se veía en ella el efecto inmediato de la potencia maléfica de los judíos.

La constante acusación deicidio, de su sed de sangre cristiana, de sus azotamientos mágicos de crucifijos, de su irrazonabilidad y de sus instintos, produjeron un cuadro demasiado horrible para que no ejerciera profundos efectos. Pedro, el "Venerable de Cluny", escribió: "Realmente dudo si un judío puede ser humano".

Los pretextos principales de la agitación contra los judíos durante la Edad Media fueron:

- 1) Los judíos se burlan de la fe cristiana.
- 2) Los judíos cometen "asesinato ritual".
- 3) Los judíos envenenan a los cristianos.
- 4) Los judíos quieren desalojar a los cristianos de los países donde ejercen la tutela estatal.

Aunque la Iglesia trató de contener, por medio de bulas papales y encíclicas, el odio popular, los sentimientos antijudíos de la época se tradujeron en matanzas de judíos, expulsiones, conversiones forzadas, calumnias, procesos por crímenes imaginarios, despojos y una legislación que convirtió al judío en paria. La mayoría de los concilios o acuerdos papales dictaron severísimas medidas contra los judíos, entre las que cabe destacar: Prohibición de que judíos y cristianos coman juntos, prohibición de matrimonio entre judíos y cristianos, prohibición de que los judíos desempeñen cargos públicos, confiscación e incineración del Talmud, imposición de distintivos en las vestimentas de los judíos, restricciones de residencia y prohibición de que los judíos se presenten en público durante las procesiones eclesiásticas.

Sin embargo, pese a todas estas discriminaciones y leyes canónicas, no se produjeron verdaderas persecuciones de judíos hasta el advenimiento de las Cruzadas, excepto en casos aislados como las expulsiones de Limoges (1010), Maguncia (1012) y Lyon (1049).

Recién en el siglo XI se inició una orgía de matanzas, expulsiones y despojos que no había de interrumpirse hasta el siglo XVI, en tanto que en el siglo XII se produjeron matanzas en Viena, Toledo y varias ciudades de Alemania y Francia.

El siglo XIII se caracterizó por la gran cantidad de procesos originados en el asesinato ritual en Alemania, Francia e Inglaterra. En este último lugar se produjeron expulsiones en el año 1290, iniciándose además las matanzas de los Cruzados. El martirologio judío en su faz más desafiada se inicia, empero, en el siglo XIV y

Graheado que muestra uno de los tantos matanzas de judíos, perpetrados por los Cruzados.



desde el vamos son aniquiladas simultáneamente unas 120 comunidades en el sur de Francia.

En esa época fueron exterminados miles de judíos en Franconia y Alsacia (1336-37) y la terrible agitación a causa de la Peste Negra —se decía, por supuesto, que los judíos la habían causado—, dio fin a unas 300 comunidades por medio de matanzas y expulsiones.

En España, mientras tanto, se proclama la guerra santa contra los judíos, produciéndose pogroms en el año 1391 en Sevilla, Toledo, Córdoba, Burgos, Barcelona, Valencia y Mallorca.

Tres años más tarde se produce la expulsión de los judíos franceses y el siglo XV es testigo de las expulsiones de Praga (1400), de Austria (1420), de Colonia (1424), de Baviera (1450) y de Sicilia bajo dominio español (1492).

En España, al ser introducida la Inquisición y el Ghetto (1478) se produce en 1492 la gran expulsión.

La patraña del asesinato ritual

Durante ocho siglos apenas si pasó alguna década —y a veces ni siquiera un año—, sin que se acusara a los judíos de emplear sangre de cristianos para sus ritos y de recurrir para obtenerla a secuestros y asesinatos. En más de 200 asesinatos de esa índole los promotores no encontraron un solo caso que pudiera dar algún fundamento a esa absurda calumnia. Sin embargo, la patraña caminó durante mucho tiempo.

La primera acusación de asesinato ritual se hizo en Inglaterra en el año 1144, cuando apareció muerto en la ciudad de Norwich un niño llamado Guillermo. Cierta sujeto declaró entonces que se trataba de un sacrificio que los judíos hacen anualmente para su fiesta de Pascua. En esa oportunidad no se registró proceso alguno, pero el niño —que luego se descubrió había sido enterrado



Los "Protocolos de los Sabios de Sión", patraña que atribuye al judaísmo constituir un "poder oculto" para dominar el mundo, nació en la Rusia de los zares pero rápidamente se expandió por toda Europa. Esta que se ve aquí es la tapa de una edición de los fascistas franceses a comienzos de la década del treinta.



Grabado del siglo XVI: Rabinos forzados a mantener polémicas religiosas con clérigos cristianos.

vivo por sus parientes en estado cataléptico— fue canonizado por la Iglesia como mártir (San Guillermo de Norwich).

La misma canonización fue efectuada con otro niño —San Dominguito de Val— en Zaragoza, España, a quien se le atribuyó haber sido martirizado por los judíos durante un asesinato ritual. A veces bastaban simples rumores para establecer presuntos martirios.

En el año 1235, en pleno apogeo de las Cruzadas, la acusación surgió en Alemania cuando aparecieron muertos los cinco hijos de un molinero. Los cruzados mataron entonces a numerosos judíos a los que habían torturado previamente para arrancarles una confesión. Juicios, torturas, confesiones y muertes de este tipo se perpetraron por miles.

Hubo casos, inclusive, en que la acusación se producía por simple generación espontánea, sin que mediara muerte alguna. Ese fue el caso de La Guarda (España) en 1490, que inspiró un famoso drama a Lope de Vega.

Pese a todo, la calumnia del asesinato ritual fue desechado por numerosos papas, desde Sixto IV, que rehusó canonizar al niño Simón de Trento, supuestamente martirizado por los judíos, hasta Clemente IV, Gregorio X, Pablo III, Benedicto XIV y otros, sin contar numerosos teólogos cristianos, investigadores de la literatura bíblica y talmúdica y otros sabios de la categoría de Franz Delitzsch o Von Liszt. El propio papa Gregorio X llegó a hacer la defensa de los judíos en su bula

Las revoluciones burguesas que resquebrajaron el régimen feudal a principios del siglo XIX (principalmente en Francia e Inglaterra) posibilitaron, en una primera etapa, que los judíos obtuvieran ciertas igualdades. La ilustración muestra un acto en el Hotel Le Ville (Londres, 1810), celebrado para protestar por las persecuciones que también entonces sufrían los judíos en Rusia.



del año 1272 llamada "Sicut Judeis".

En realidad no se conoce bien el origen de esa trágica acusación ni la fecha exacta en que se la asoció con la fiesta de Pesaj en que los judíos acostumbra a comer "matzá" (pan azimo, sin levadura). Pese a las modernas investigaciones criminológicas y a lo cavernícola de la acusación, la misma subsistió hasta nuestros días. Incluso en los Estados Unidos apareció en 1928, cuando un niño cristiano desapareció en Massena, Estado de Nueva York, en vísperas de Iom Kipur. El rabino de la ciudad llegó a ser duramente interrogado por la policía hasta que se encontró al niño en un bosque cercano donde se había extraviado.

El caso más famoso, sin embargo, ocurrió a principios de siglo cuando el gobierno zarista intentó culpar oficialmente a los judíos de asesinato ritual en el proceso Beilis. El juicio, en el que apareció inculcado un obrero judío, se extendió por espacio de dos años y causó tal conmoción en todo el mundo que muchos lo consideraron una suerte de precursor zarista del caso Sacco y Vanzetti.

El ascenso burgués

Las calumnias de profanación de hostias, asesinato ritual y blasfemias pasaron a Europa Oriental. Las persecuciones ocasionales en diferentes ciudades de Bohemia, Alemania y Hungría se extendieron a Polonia y Ucrania y culminaron en la sangrienta década de 1648 a 1658. Los judíos de Polonia y Ucrania sufrieron en aquellos años un martirio comparable solamente con las masacres más terribles de la Edad Media.

Sin embargo, la ilustración y las ideas que habían de producir la Revolución Francesa calmaron al fanatismo religioso. Muchas de las causas económicas que habían producido las persecuciones ante-

riorés fueron desapareciendo. La burguesía, que iba ocupando posición dominante en Europa, encontró en los judíos aliados valiosos en su lucha contra el sistema feudal y por el desarrollo industrial y comercial del mundo.

Tal cambio de la situación se tradujo en la emancipación de los judíos durante la Revolución Francesa y en su rehabilitación social y legal.

Pero esta idílica situación no se prolonga por mucho tiempo porque el antisemitismo de tipo medieval se desplaza hacia Rusia y Rumania, mientras que en Alemania se van esbozando los fundamentos caracterológicos del antisemitismo en su versión más exacerbada.

El oscurantismo avanza

En realidad no se puede establecer con fehaciencia en qué zona de Europa el antisemitismo del siglo XIX se había tornado más recalcitrante, porque tanto en una punta como en la otra del continente —desde Lisboa hasta Kiev— el odio hacia los judíos se expandió con fulminea celeridad.

En Rusia, por ejemplo, la difícil situación económica del campesinado a principios de esa centuria (en la época de Alejandro I) hizo que el gobierno culpase a los judíos de la situación, prohibiéndoles vivir en el campo. De esa manera los judíos son concentrados en zonas de residencia especial y reducidos a la miseria.

A esa altura la virulencia anti-judía ya no parece tener freno. En 1835 Nicolás I promulga una nueva legislación represiva que se conoce con el nombre de "sistema de los cantonistas". Fundamentalmente consistía en arrebatar muchachos jóvenes a sus familiares y hacerles ingresar en el ejército como una especie de aprendices de soldados. La mayoría de esos muchachos fueron convertidos al culto oficial.

Frecuentes expulsiones, ya de Kiev, ya de diferentes pueblos pequeños, dieron nueva ocasión para hostilizar a los judíos y llevarlos a la desesperación. La terrible situación del campesino ruso, esclavizado bajo un régimen feudal de características medievales y que produjo numerosos brotes de rebeldía, fue achacada a los judíos.

Mientras tanto, en el centro de Europa, la crisis económica y los escándalos financieros que se produjeron a raíz de las especulaciones desenfrenadas después de la guerra franco-prusiana (1870-71), originaron una nueva ola de efervescencia antijudía con el objeto de desviar hacia los judíos la irritación del pueblo.

El propio Bismarck contribuyó activamente a extender la llama del antisemitismo, como medio de lucha contra los liberales nacionales que lo habían abandonado bajo la jefatura de Luskier, de origen judío.

Lo mismo ocurre en Francia, donde el movimiento cobró fuerza en 1882. Por ese entonces el periodista Edouard Drumont publica su obra "La France juive" en dos tomos, culpando a los judíos del anticlericalismo francés, de dominar la política y hasta de la toma de la Bastilla. El objetivo de la campaña era claro: exculpar a los partidos conservadores de la derrota sufrida en la guerra contra Prusia, de los escándalos financieros relacionados con el canal de Panamá y de la mala administración del país.

Esta exacerbada ofensiva antisemita —cuyo epicentro en Francia alcanzó sus picos más altos cuando concluía el siglo XIX, durante el proceso al capitán Alfred Dreyfuss, acusado falsamente y con premeditación de haber cometido un acto de traición—, se extendió también por otros países y adquirió aspectos sanguinarios en las matanzas de Rusia, donde los judíos vivían en condiciones medievales, recluidos en ghettos

y zonas especiales de demarcación. Su opresión y martirio alcanzó niveles oficiales cuando el zar Alejandro III asumió una actitud abiertamente antisemita al proclamar las famosas **Leyes de Mayo** (1882), que prohibían a los judíos establecerse fuera de las ciudades y adquirir bienes rurales, limitando además el número de profesionales judíos. También se los excluyó de toda representación popular.

El gobierno no solo toleró sino que incitó a la efectivización de pogroms, siendo la propia policía del zar —la **Ojrana**— la que organizó las "**Centurias Negras**", bandas de fuerzas parapoliciales y paramilitares dedicadas a las matanzas de judíos. En un solo año —de 1881 a 1882— se registraron en Rusia matanzas en 167 ciudades y pueblos en los que perdieron la vida decenas de miles de familias judías. En 1905 las "**Centurias Negras**" ejecutaron más de 50 ataques contra los judíos a quienes acusaban de incitar a las masas a la revolución. Todo eso parece hasta familiar, cuando se conocen las crónicas de la Edad Media. El único rasgo que distinguía esas persecuciones consistía en la racionalización hegeliana de una política basada en la unidad absolutista, ortodoxa y racial de Rusia.

La falta de unidad

Paradójicamente —pese a todas las acusaciones de que constituían un "**poder oculto**"—, una de las características más trágicas que tipificaron en ese entonces a los judíos fue la desunión y su absoluta carencia de organización para resistir las matanzas. Numerosos integrantes de la judeidad alemana creían que eran los judíos inmigrados de Polonia y Rusia —con sus dificultades para adaptarse a la cultura occidental— los que habían provocado el antisemitismo alemán y les mostraban



ban marcada hostilidad. Por su parte, los judíos ricos, identificados con el sector capitalista de cada país, suponían que eran los obreros judíos los que ponían en peligro su existencia. Además los grupos que deseaban fusionarse totalmente con el pueblo en cuyo país vivían, chocaban asiduamente con quienes deseaban mantener sus características nacionales, religiosas o culturales. Todas estas variantes produjeron entre los judíos numerosos movimientos ideológicos que se combatían mutuamente, a veces con saña feroz. Tal

Piotr Ivanovich Rachkovsky, jefe de la rama extranjera de la "**Ojrana**" (policía del zar ruso) entre 1884 y 1902. Rachkovsky fue uno de los organizadores de las "**Centurias Negras**", bandas de fuerzas parapoliciales dedicadas a la matanza de judíos.

circunstancia, y la falta de un frente común que se propusiera enfrentar las masacres, facilitó la acción de los pogromistas.

Los "protocolos" de la infamia

Pese a subsistir hasta el corazón del siglo XX, la patraña del crimen ritual —heredera directa de la caracterización demonológica de los judíos en la antigüedad— constituye un producto típico del oscurantismo medieval. En la era del capitalismo, con miles de proletarios y campesinos pujando desde abajo para trastocar el ordenamiento social, se hizo necesario inventar otra cosa más acorde con la evolución de los tiempos.

Así surgieron a principios de siglo los famosos "Protocolos de los Sabios de Sión", que constituyen una suerte de continuidad —corregida y aumentada— de las viejas acusaciones contra los judíos.

Los "Protocolos" son una especie de actas que fueron publicadas por primera vez en Rusia en 1905, tras el fracaso del pronunciamiento popular. El responsable visible de la edición fue un funcionario de la Cancillería del Sínodo de Moscú —Sergei Nilus—. El funcionario zarista juró que tales actas habían sido leídas en sesión secreta durante el primer congreso sionista realizado en Basilea en 1897, oportunidad en la cual —de acuerdo al juramento de Nilus— Teodoro Herzl expuso el plan de conquista del mundo por parte de los judíos.

Inútil resultó explicar que el objetivo real del congreso fue otro —sentar las bases políticas del movimiento de liberación nacional del pueblo judío—, y la historieta no sólo recorrió el mundo a través de millones de ejemplares traducidos a casi todos los idiomas para saciar la avidez de

un público enfervorizado que deseaba conocer los "planes secretos de la conjura judía", sino que, fundamentalmente, originó nuevos pogroms y matanzas, sobre todo en las postrimerías de la égida zarista. Inclusive círculos "democráticos" y "liberales" —verbigracia el "Times" y "The Spectator" de Londres—, se hicieron eco de la superchería a través de artículos que titularon "El peligro judío".

En la década del veinte se descubrió que los "Protocolos" era un plagio a un folleto publicado en 1864 contra Napoleón III ("El diálogo entre Maquiavelo y Montesquieu") que nada tenía que ver con los judíos. También había en los "Protocolos" elementos extraídos de "La France Juive" de Drumont.

La comprobación del plagio, así como también la apocrifidad revelada a través de los estrados judiciales suizos, no fue óbice para que la patraña siguiera caminando y aún hoy —en numerosos países— constituye una verdadera Biblia para los profesionales del antisemitismo.

En algunas ediciones de los "Protocolos" fue incluido en carácter de apéndice "El discurso del rabino" que reitera todas las patrañas y mistificaciones pergeñadas en los dos últimos siglos, a saber: que los judíos tendrían en sus manos el poder mundial cuando "se conviertan en poseedores de todo el oro del mundo"; que el nuevo Sanhedrín "ha proclamado una lucha implacable contra nuestros enemigos"; que los judíos deben empeñarse en "alcanzar el supremo dominio de todas las operaciones industriales, financieras y comerciales"; que deben copar la dirección de la prensa, obtener el control del movimiento obrero y promover levantamientos y revoluciones, que aseguren a los judíos "el dominio del mundo".

Die Geheimnisse der Weisen von Zion

„Dieses Buch enthält die Geheimnisse der Weisen von Zion, die die Welt regieren.“

Verlag des „Ruf“ in Charlottenburg

Tirausgegeben

von

Gottfried zur Beech

3. Auflage



Verlag „Ruf“ Vorpöllen in Charlottenburg 1919

Portada de la primera versión no-rusa de los "Protocolos". El jabalí era el emblema de la sociedad antisemita que la editó.

Los "Protocolos" llegan a América latina. Carátula de una edición brasileña editada en San Pablo en 1937.



La era nazi

El antisemitismo, los pogroms, las matanzas, el genocidio y las masacres por cientos de millares, organizados desde la cumbre misma del poder, alcanzaron durante los escasos doce años de la égida nazi —1933-45— las cumbres máximas del horror.

¿Qué fue el nazismo y cuáles las causas de su feroz ensañamiento?

No son pocos los grupos existentes actualmente en el mundo —ubicados generalmente en estratos altos de la escala social—, que se sienten acorralados observando cómo las "ideas disolventes" se van impregnando en la piel de las masas. Para contrarrestar tal situación, tales grupos de-

searían que el poder fuese ejercido "in eternum" por un régimen de disciplina, autoridad, jerarquía, respeto, obediencia y, sobre todo, orden —mucho orden— como para evitar definitivamente "el desquicio de situaciones intolerables".

A principios de la década del treinta, la clase alta alemana —a partir de condiciones objetivas sin duda muy diferentes, pero con una misma obsesión— pensaba más o menos parecido y por ello aplaudió a aquel hombrecito de bigotes chaplinescos que subía al trono berlinés para poner orden, autoridad, disciplina y todos los demás condimentos esgrimidos por la nomenclatura fascista en su afán por evitar el acceso de la clase obrera a mejores condiciones de vida.

КОГ, НАЦИА, ТРУД
Всё для Рабочей и Крестьянской России
НАШ ПУТЬ



1931-пять лет В.Ф.П-1936

Volante en celebración del 5º aniversario del partido fascista ruso. En el emblema se combinan la svástica, el águila imperial rusa y San Miguel matando al dragón, el viejo símbolo de los "Centurias Negras".



Adolf Hitler, el "führer" de la Alemania nazi durante 12 años (1933-45), que llevó a la humanidad al cataclismo de la Segunda Guerra Mundial. Patrocinado por los barones de la industria, los grandes terratenientes, los "junkers" y buena parte de la clase alta europea, ascendió al poder para "poner orden" y "estilizar la Alemania de los mil años".

Das visiones de la trágica noche desencadenada por el Tercer Reich: famélicos subhombres de los campos de concentración y los cadáveres amontonados como leños en el campo de Ohrdruf por los nazis en retirada, antes de arribar las fuerzas liberadoras.







FRANK

Desde 1939 fue gobernador de Polonia y figura entre los responsables del exterminio de la población judía. Sentenciado por el tribunal de Nürenberg fue condenado y ajusticiado en 1946.



HOESS

Primer comandante de Auschwitz. Estudió la creación de cámaras de gas capaces de exterminar hasta 2.000 personas de una vez.



MENGELE

Efectivizó crueles experimentos con los internados en Auschwitz y, además, tenía a su cargo decidir qué prisioneros debían enviarse a la cámara letal.

Adolfo Hitler no fue —al contrario de lo que opinan algunas tesis liberales todavía en boga—, el producto del irracionalismo de un pueblo en estado de psicosis colectiva (aunque se hayan registrado muchos ingredientes exteriores de ese tipo), sino todo lo contrario: fue la expresión bien racional y pensada de los círculos conservadores de aquella Alemania postrada para estructurar una nueva sociedad —vertical y autoritaria— que pusiera coto al “canceroso desarrollo del bolcheviquismo”, según una expresión del propio Winston Churchill pronunciada en Roma el 27 de enero de 1927 para elogiar al fascismo italiano de Mussolini, al que definió entonces como un movimiento que “ha prestado un servicio al mundo entero” porque ha mostrado que “hay un modo de combatir a las fuerzas subversivas movilizándolo a las masas para que valoren y defiendan el honor y la estabilidad de la sociedad civilizada”.

Por eso en 1933 —cuando se movilizaban como fuerza de choque las camisas pardas reclutadas en la arruinada clase media con el inequívoco respaldo de las fuerzas más reaccionarias de una Europa en crisis que se sentía impotente ante el avance del socialismo—,

llegaba Hitler al poder llamado por el fosilizado presidente Hindenburg para formar gabinete, al igual como había sucedido once años antes con el rey Víctor Manuel de Italia que llamó para una tarea similar al creador de los “fasci italiani di combattimento”.

Ideólogo de un régimen exacerbado que culpaba a los judíos de todos los males que aquejaban a Alemania —especialmente de la inflación y de las cláusulas humillantes incluidas en el tratado de Versalles—, Hitler inicia en esos momentos una de las etapas más sombrías de la historia contemporánea, patrocinado por los barones de la industria, los grandes terratenientes, los “junker” y, por supuesto, la pauperizada clase media, todos los cuales conformaron las apoyaturas para “restaurar la grandeza nacional” y la “gran Alemania de los mil años”.

En medio de este clima de efervescencia chauvinista en el que se exigía el “lebensraum” (espacio vital) Hitler se convierte en el “Führer” de los alemanes, después del incendio del Reichstag y después de la sangrienta depuración en las propias filas exigida por el ejército durante “la noche de los cuchillos largos” del 20 de junio de 1934 considerada co-

mo un verdadero San Bartolomé moderno.

El fascismo hitleriano pasa entonces a llamarse nacional-socialismo o nazismo y el concepto de pureza racial se engarza rápidamente con el viejo antisemitismo tradicional arraigado a ciertos estratos de la idiosincracia germana (inclusive el intelectual) como en el caso de Wagner o el prusiano Eugen Karl Dühring, para quienes los judíos —mucho antes de que surgiera Hitler, quien, en todo caso, concretó aquello que subyacía latente—, personificaban la antítesis de las cualidades que se apreciaban como “alemanas”.

Los elementos aristocráticos, conservadores y nacionalistas habían identificado al judío con el socialismo marxista. Por eso no extraño que en aquella sangrienta génesis, Hitler vomitara a los cuatro vientos: “Si Alemania ha de vivir y lograr su recuperación económica y política, si ha de cumplir a conciencia su obligación con los otros países, se precisa una acción decisiva: impedir que Alemania sea desintegrada por el judaísmo y el comunismo”.

En aquel ambiente de crisis —con poblaciones exasperadas y pequeñas burguesías temerosas de que se produjeran nuevas experiencias revolucionarias como la

de los espartaquistas, que fuera ahogada en sangre en 1919—, el nazismo encontró un excelente caldo de cultivo. Más aún: todavía halló tiempo e impunidad para hacer el doble juego, ya que mientras por un lado podía arremeter contra “las decadentes y corrompidas democracias occidentales” que pretendían mantener el “diktat” de Versalles y habían birlado a Alemania sus colonias, por el otro —simultáneamente— podía erigirse en campeón de la lucha contra la “barbarie bolchevique” de la que se decía que amenazaba desde 1917 los valores tradicionales de Occidente.

Hitler sabía muy bien que esta actitud merecería la simpatía de las clases altas europeas y, mientras Mussolini afilaba sus “ocho millones de bayonetas” para crearse un imperio africano, el Führer multiplicaba sus proclamas furibundas, iniciando la gran expansión con un recorrido que tuvo su génesis en el rearme, la anexión de Austria y el aplastamiento de la España republicana y se desbocó luego en los Sudetes, la “blitzkrieg” contra Europa y el asesinato fríamente calculado de seis millones de judíos.

Los psicólogos puros explican al nazismo con argumentos de tipo subjetivo y hacen referencia a la esquizofrenia psicópata del “Führer”. En cambio los malthusianos, más fatalistas, prefieren hallar sus causas en la “selección natural”, es decir en las necesidades vitales del género humano de exterminar cada tanto una parte de sus componentes para que el resto pueda subsistir. A su vez Upton Sinclair —el gran narrador norteamericano— definió al nazismo en 1934 como una conjunción de capitalismo y asesinato “que Wall Street no mira demasiado mal”. Finalmente el marxismo (y otras corrientes filosóficas) lo consideran un desahogo del gran capital a través



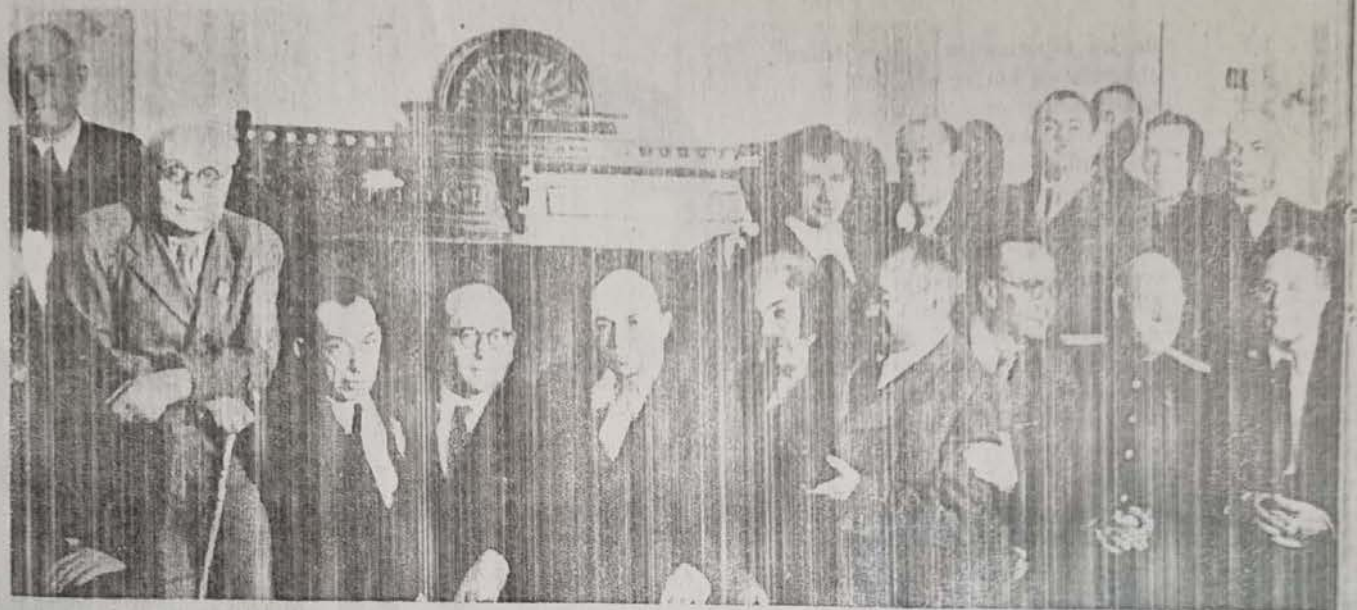
de la violencia, una vez que sus contradicciones lo obligan a despojarse de los antifaces benévolo, liberales y progresistas.

Sean como fueren las explicaciones ideológicas, esta aparente irracionalidad — que causó en poco tiempo la muerte de millones de personas—, no parece haber quedado sepultada definitivamente hace treinta años en los escombros del bunker de Berlín. La escalada nazifascista en todo el mundo hace permanecer aún los puños crispados y alertas porque el monstruo sigue agazapado arriba, en el medio y aún abajo, buscando siempre concretar sus fijaciones de siempre: “autoridad, jerarquía, respeto, obediencia y orden”.

Stalin estrecha la mano del Ministro de Relaciones Exteriores nazi Von Ribentrop, en agosto de 1939, luego de ser suscripto el “pacto de no-agresión”. Neutralizada momentáneamente la URSS, Hitler se sintió con las manos libres para desencadenar su furiosa “blitzkrieg” por toda Europa.

La revolución distorsionada

A pesar de que todos los teóricos del marxismo —casi sin excepción, sean reformistas o sean revolucionarios—, han condenado severamente cualquier exteriorización de hostilidad hacia los judíos. A pesar de que August



Bebel definió muy acertadamente que "el antisemitismo es el socialismo de los imbéciles". A pesar de que Federico Engels (en una carta publicada en el "Arbeiterzeitung" de Viena del 9-V-1890) destacó que "el antisemitismo no es más que el producto de castas sociales decadentes y medievales y es por eso que no sirve más que a designios reaccionarios, bajo una máscara aparentemente socialista". Y, finalmente, a pesar de que el propio Lenin señaló en su artículo "La excitación al pogrom contra los judíos" que "atizar el odio contra los judíos, es enturbiar la vista del obrero y desviarlo de su verdadero enemigo, el capitalismo. Sólo gente absolutamente ignorante, oprimida, es capaz de dar crédito a las mentiras y a las calumnias que se echan a rodar contra los judíos; son los vestigios de los tiempos de la selva, de los tiempos en que los popes, hacían colgar a los herejes bajo la hoguera, en que los campesinos eran siervos y el pueblo ciego era hollado. Los enemigos de los trabajadores no son los judíos, sino los capitalistas. Vergüenza y oprobio para

los que siembran la hostilidad hacia los judíos y el odio entre las naciones. El antisemitismo es peligroso para los trabajadores, es la falsa ruta que los aparta del buen camino para conducirlos a la jungla. Por tal causa, como consecuentes internaciona- listas, no podemos ser otra cosa que los enemigos jurados e irreconciliables del antisemitismo". En una palabra: a pesar de que los grandes líderes marxistas tuvieron palabras de clara condena para quienes confunden y distorsionan los términos de la lucha obrera, no faltaron desviaciones torpemente antisemitas —inclusivé pogromistas—, en aquellas países que se consideran ya encaminados hacia el socialismo.

En la URSS, particularmente en tiempos de Stalin, fueron frecuentes las etapas de exacerbación antisemita. En 1936, por ejemplo, durante los procesos contra la vieja guardia bolchevique, fueron introducidos numerosos elementos antisemitas en los juicios y los medios de difusión mencionaban a los acusados con sus apellidos judíos en lugar de sus apellidos rusificados (verbi-gracia Trotsky, a quien las radios

El Comité Antifascista Judío, creado durante la Segunda Guerra Mundial para coadyuvar al esfuerzo bélico. Fue disuelto luego por el stalinismo y, varios de sus dirigentes terminaron presos o asesinados. La foto refleja un instante del idílico pasado y en la misma se ve, entre otros, al escritor Itzik Fefer, al actor Shloime Mijoels, al general Iacov Kraizer y al dirigente de la vieja guardia bolchevique, Gubelman.